

de establecer escuelas especiales para niños de mentalidad deficiente, y aun para aquellos de intelecto brillante, y por otra parte se pone en evidencia que un plan de estudios no puede ser un cuadro rígido, permanente e intocable, sino que debe ser más bien un factor dinámico, con suficiente elasticidad para satisfacer las aspiraciones de quienes habrán de utilizarlo y adaptable siempre al ideal social imperante.

Se impone además cada día la eliminación de aquellas asignaturas que carecen de un fin positivo, concreto, y que no tienden sino a dotar a los alumnos de una instrucción libresca que en lugar de capacitarlos para el trabajo serio y productivo, más bien los transforma en empleomanos impenitentes o cuando más, en señoritos de bufete cuya única aspiración parece ser la de vivir una vida de parasitismo y de ocio en el seno de la comunidad.

Puede asegurarse que el futuro de las instituciones democráticas depende en alto grado del número y amplitud de los cursos vocacionales que se introduzcan en nuestras escuelas y de la prontitud con que lleguemos a convencernos de que particularmente en nuestros países de América, urge romper con el pasado de sueños y utopías en que hemos venido adormeciéndonos, y reconocer que la verdadera misión de nuestras escuelas no estriba en multiplicar el ya embarazoso número de doctores, altos políticos y letrados con que contamos, sino en producir agricultores, artesanos e industriales eficientes que transformen las riquezas potenciales de nuestro suelo y de nuestras selvas en riquezas efectivas para que éstas circulen y propendan a la felicidad y al bien general.

No es posible contentarse hoy con decir que la escuela tiene por misión preparar para la vida, sino que es preciso que la escuela viva la vida misma de la comunidad y que la educación tenga un fin social claro y determinado. «La educación—dice a este respecto el Profesor Franklin Bobitt, Catedrático de la Universidad de Chicago—debe desarrollar hoy un género de saber que sólo puede brotar de la participación en la experiencia viviente de los hombres y jamás de la mera memorización de manifestaciones y afirmaciones verbales de hechos. Ella debe, por consiguiente, adiestrar el pensamiento y el criterio con relación a las situaciones reales de la vida, tarea del todo distinta a las actividades claustrales del pasado. Tócale desarrollar asimismo la buena voluntad, el espíritu de servicio, las evaluaciones sociales, las simpatías y las actividades mentales necesarias para realizar en grupo acciones eficaces allí donde la especialización ha creado

numerosas interdependencias. Su función consiste en preparar a todo ciudadano, hombre o mujer, no para que tenga conocimiento de los deberes de la ciudadanía, sino para que sea eficiente como ciudadano; no para que posea nociones de higiene, sino para que sea hábil en la conservación de una salud robusta; no para que esté meramente versado en las ciencias abstractas, sino para que sea diestro en el uso de la idea, en el dominio de situaciones concretas».

La democratización del funcionamiento de los planteles educativos y la socialización de los estudios constituyen desde luego un gran paso en el proceso de adaptación de las escuelas al fin social de la enseñanza; pero la obra quedaría incompleta si no socializáramos igualmente los métodos

de enseñanza y los métodos de disciplina.

Precisa que en el aula el maestro vaya abandonando ese papel de predicador que ha venido desempeñando durante tanto tiempo y deje la palabra y la iniciativa a los alumnos. Es indispensable que éstos aborden en grupo los temas del programa, que se interroguen unos a otros, que organicen discusiones ordenadas sobre los puntos de la lección y que en el curso de tal labor el maestro no sea sino el dirigente discreto y moderador cuya misión consista principalmente en encauzar por vía correcta a la clase, pero en ningún caso en restarle iniciativa o en impedir que los alumnos asuman responsabilidades.

Es casi innecesario insistir sobre las bondades de tales métodos. Con ello se establecería una analogía entre las actividades de la clase y las actividades que tienen lugar en la vida diaria en la comunidad. Los alumnos contraerían el hábito de laborar en grupo. La espontaneidad reinaría en el aula. Allí no habría lugar para los alumnos pasivos. Todo sería vida alerta, interés vivísimo, movimiento, progreso. En lugar de la recitación tradicional en que los alumnos exponían por turno el texto de la lección en presencia de sus compañeros, habría un intercambio de impresiones, de ideas y de pareceres. En vez de proceder mecánicos y estáticos tendríamos estímulos eficaces para el pensamiento independiente. Sin dejar de acumular conocimientos el alumno lograría adquirir el hábito de la interpretación de los hechos, de la explotación inteligente del saber que posee. Y, señores, es a todas luces evidente que tales procederes constituyen en verdad la mejor preparación para la vida democrática.

Yo sé que no faltarán quienes tachén de utilitaristas estas ideas, pero a los que así opinan me limitaré a asegurarles que si en ello hay utilitarismo lo hay en el grado en que el utilitarismo prevalece en la vida real. Esta, en efecto, hay que aceptarla en su realidad desnuda y exenta, como es, de sueños, de sentimentalismos y de utopías.

Si hemos de seguir pensando que la misión de la escuela es imprimirle al alumno un tipo y un grado de instrucción que le son antipáticos; si vamos a continuar en la creencia de que la función primordial del maestro estriba en reprimir el desarrollo de la individualidad del niño porque ello diz que propende a la insubordinación; si nos resistimos a admitir que existen medios de disciplina que superan a la que sólo se funda en el temor que pueda infundírsele a los alumnos; si, en fin, no aceptamos que la vida de la

JOSÉ MARÍA CHACÓN Y CALVO. — *Hermanito Menor*. — Dibujos de R. Estalella. — García Monge y C^a, de San José de Costa Rica, 1919.

No es la primera vez que en estas páginas llamamos la atención del lector acerca del singular fenómeno que se observa de pocos años a esta parte en las relaciones literarias hispano-americanas; es decir, a la indudable contención que ciertos espíritus distinguidos de aquellas repúblicas españolas imprimen a la exuberancia, u tanto de relumbrón para nuestro gusto, con que se nos mostraba su literatura a principios de este siglo. Preciosa muestra de esa reacción saludable son los breves tomos de la colección EL CONVIVIO, publicada bajo la dirección del señor García Monge en San José de Costa Rica. Y lindísima flor entre ellos, el volumen en que con el título de Hermanito Menor recoge don José María Chacón y Calvo, sus primeras impresiones de España.

Las cartas del autor y los fragmentos de otras de su amigo y nuestro Alfonso Reyes al editor, explican sucinta y familiarmente la génesis de este librito, nacido al azar de un verano en el Pirineo español. Corre por todo él una emoción cordialísima, callada, que cierta gracia y suavidad del mejor gusto más que disimular avaloran, llena de simplicidad y alegría espiritual, a tono con aquel simpático humor de la prosa juvenil de Azorín. El poeta cubano—que poemas y del mejor lirismo son las impresiones anotadas en Hermanito Menor—no pretende darnos con ellas la visión natural de las ingentes montañas de San Juan de la Peña, en su grandeza de por sí muda, no intenta competir en voz con el eco de los torrentes, sino, más cerca de nuestro corazón humano, transmitirnos su emoción personal, cargada de gratos olores y sentimientos puros. Por lo que este CONVIVIO nos acerca más a nuestros hermanos del otro lado del mar, que los brindis oratorios de tantos banquetes indigestos.

C. R. C.

(La Pluma. Madrid).